

PAULO ÁLVARO DE CÓRDOBA

Un personaje símbolo de la cultura mozárabe

LUCAS F. MATEO-SECO

Las fuentes que poseemos en torno a la vida de Paulo Álvaro son sus propios escritos y los de su amigo San Eulogio¹, que aunque no ofrecen demasiados datos, sí aportan los suficientes para establecer las coordenadas en que se desarrolla su vida y su actividad².

Álvaro nace en Córdoba a principios del siglo IX y allí muere probablemente el año 861. Su nombre es Paulo Álvaro, o Álvaro *Cordobés*; en latín Albarus³. Así es como se designa a sí mismo en la poesía que

1. Citamos por la edición del *Corpus Scriptorum Muzarabicorum* (en adelante CSM), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Juan Gil (ed.), Madrid 1973, 2 vols., que, sin embargo, tienen paginación seguida. La obras de Álvaro ocupan las páginas 143-361, y las de San Eulogio las páginas 363-504.

2. Florian de Ocampo, al describir la época mozárabe de los martirios, incluye ya una traducción de la *Vita Eulogii* de Álvaro, en la que éste da importantes noticias de su propia vida y de la de su amigo Eulogio, y describe, entre otras cosas, los estudios que realizaron juntos en su juventud (*Crónica general de España*, VII, Alcalá 1574-1577; Madrid 1791-1792). Nicolás Antonio es el primero que realiza un estudio monográfico sobre Paulo Álvaro con un artículo publicado en su *Bibliotheca Hispana Vetus*, I (Roma 1696, 2 ed., Madrid 1788). En el tomo XI de su *España Sagrada*, dedicado especialmente a los varones ilustres de Córdoba del siglo IX, Flórez presenta unas anotaciones biográficas de Álvaro a las que, a juicio de Sage, poco más se puede añadir (CARLETON M. SAGE, *Paul Albar of Cordoba: Studies on his life and writings*, Washington D.C. 1943, 1). Se trata, en efecto, de una breve, pero sobria y hermosa biografía. También Menéndez Pelayo dedicó unas páginas a Álvaro de Córdoba (cfr. *Historia de los heterodoxos españoles*, II, 2). W.W.G. von Baudissin estudió a Álvaro en unión con San Eulogio (*Eulogius und Alvar. Ein Abschnitt spanischer Kirchengeschichte*, Leipzig 1872). J. Pérez de Urbel le dedicó unas hermosas páginas en su *San Eulogio de Córdoba* (Madrid 1942), y volvió sobre el asunto en las páginas que dedicó a los mozárabes españoles desde el siglo IX al XI, en el t. VII de la edición española de la *Historia de la Iglesia* de Fliche Martin (Valencia 1975, 583-606). Puntual, erudita y exhaustiva la biografía de Álvaro que realiza C.M. Sage en su tesis doctoral ya citada, y que utilizaremos con frecuencia: *Paul Alvar of Cordoba; studies on his life and writings*, 1-42. Cfr. también J. MADDOZ, *Epistolario de Álvaro de Córdoba*, en CSIC, *Monumenta Hispaniae Sacra*, I, Madrid 1947, 13-24 y N. LOPEZ MARTINEZ, *Álvaro de Cordoba, Paulo*, en *Gran Enciclopedia Rialp*, I, 774.

3. C.M. SAGE, *Paul Albar of Cordoba*, cit., 1.

dedica al obispo Eulogio, su amigo mártir⁴. En algunas cartas, sus amigos le saludan con los nombres de Aurelio Flavio, cosa que ha dado pie a pensar que Álvaro pertenecía a la aristocracia de Córdoba⁵. Es posible que llevase también sangre judía en sus venas. Así parece desprenderse de la correspondencia de Álvaro con Bodo Eleazar, que había apostatado y se había convertido a la religión judía.

«¿Quién de nosotros dos —escribe— merece más el nombre de judío? Tú que, como dices, te has convertido de la idolatría al servicio del Dios supremo y eres judío no por raza, sino por fe, o yo que soy judío al mismo tiempo por fe y por raza? Pero yo no me llamo judío, pues el Señor me dio un nuevo nombre cuando me llamó. Abrahán es mi padre, pues mis antepasados descienden de su estirpe; por haber esperado al Mesías que había de venir y haberle recibido cuando llegó, ellos son más auténticos en Israel que aquellos que le esperaban, pero que lo rechazaron cuando llegó; y no han cesado de esperar en él, mientras que vosotros estáis esperando a uno que ya habéis rechazado»⁶.

A primera vista, este texto de Álvaro parece dejar clara su ascendencia judía. En efecto, frente a Bodo Eleazar, Álvaro presume de ser judío por sangre y por fe, en cuanto que todo cristiano es hijo de Abrahán. Sin embargo, hace notar Sage que la claridad de este pasaje es menor de lo que a primera vista pudiera parecer. Es posible que, en este texto, Álvaro esté simplemente argumentando que él pertenece al auténtico Israel al igual que sus padres, pues ellos, por ser cristianos, también forman parte de la auténtica descendencia de Abrahán⁷. J. Madoz, en cambio, considera este texto lo suficientemente explícito como para hacer descender a Álvaro de judíos⁸. En cualquier caso, es claro que Álvaro no conoce la lengua hebrea, pues así lo dice explícitamente⁹. También es claro que ni él ni sus padres son unos conversos

4. Se trata de un himno en el que Álvaro ofrece este acróstico: *Albarus te rogat salves*, CSM, 358-361. Puede verse este himno también en *Monumenta Germaniae Historica, Poetae latini*, III, 1, 139-140 y en BLUME-DREVES, *Analecta hymnica medii aevi*, XXVII, 169-171.

5. Cfr. N. LOPEZ, *Álvaro de Córdoba*, cit., 774.

6. PAULO ÁLVARO, *Carta* 18, 5, CSM, 249-250.

7. C.M. SAGE, *Paul Alvar of Cordoba*, cit., 3.

8. «Esta confesión espontánea y dicha como de pasada —escribe Madoz—, posee, a mi modo de ver, eficacia decisiva sobre el caso (...) Entender estas declaraciones en un sentido menos propio y real, solamente en cuanto que todo cristiano puede llamarse judío, miembro de una religión que continúa en el Cristianismo la religión judaica, sería privarlas de su valor nativo y espontáneo. En el siglo noveno, en que escribía Álvaro, no se ve ya tan fácil esa denominación alegórica un tanto desviada» (J. MADDOZ, *Epistolario de Álvaro de Córdoba*, cit., 16).

9. «...sabes que yo desconozco la lengua hebrea», dice Álvaro a Bodo Eleazar (cfr. PAULO ÁLVARO, *Carta* 16, 4, CSM, 237).

del judaísmo. En efecto, Álvaro fue educado desde muy jovencito en la escuela del Abad Esperaindeo, y nunca habla de su conversión al cristianismo. Su padre, por testimonio del Abad Esperaindeo, era incluso capaz de aconsejarle en sus escritos dogmáticos¹⁰, y parece haber hecho algunas donaciones a un monasterio situado en terrenos de su propiedad¹¹.

También parece clara la ascendencia goda de Álvaro. De ella blasona en su última carta a Bodo Eleazar, apropiándose la elogiosa descripción que hace San Isidoro de los godos¹². Sage da esta ascendencia sólo como probable, argumentando que siempre es posible que las dos declaraciones —la de ascendencia judía y la de ascendencia goda— estén hechas por Álvaro sólo en sentido metafórico. Sage entiende que es posible que cuando Álvaro alude a su ascendencia goda esté significando sencillamente que es un español¹³.

También insinúan ascendencia goda y elevada posición social los títulos con que el abad Esperaindeo y Juan de Sevilla tratan a Álvaro, al que llaman «ilustrísimo y venerable señor», «hermano serenísimo», apelativos que son excesivos para provenir sólo de la cortesía y que parecen estar motivados por la nobleza de Álvaro¹⁴. La amistad de Álvaro con Eulogio, que pertenece a una familia de posición elevada, vendría a confirmar esta suposición¹⁵. Debe darse, pues, como seguro que Álvaro pertenecía a una familia cordobesa conocida y acomodada¹⁶.

Poco más se puede decir del entorno familiar y social de Álvaro. En la correspondencia con Juan Hispalense, se habla a veces del «padre común»¹⁷. Sin embargo, como observa Madoz al comentar esta corres-

10. Cfr. PAULO ÁLVARO, *Carta* 8, 3, CSM, 205.

11. Cfr. PAULO ÁLVARO, *Carta* 9, 3-4, CSM, 212-213.

12. «Para que me conozcas y callando me evites —escribe Alvaro— escucha a Virgilio: Los godos desprecian la muerte, estimando gloriosas sus heridas» (PAULO ÁLVARO, *Carta* 20, CSM, 269-270). Anota J. Madoz que no es Virgilio el autor del verso citado, sino San Isidoro, en la descripción entusiasta que hace de su pueblo en la *Historia Gothorum*, n. 67. Cfr. J. MADOZ, *Epistolario de Álvaro Paulo*, cit., 280, nt. 5.

13. C.M. SAGE, *Paul Albar of Cordoba*, cit., 4.

14. He aquí algunas de las expresiones: «A mi ilustrísimo señor, al ínclito Alvaro, Esperaindeo»; «A Aurelio Flavio Alvaro, varón ilustrísimo...» (PAULO ÁLVARO, *Carta* 8, 1, CSM, 203; *Carta* 3, 1, CSM, 153).

15. Así opina, p.e., J. MADOZ (*Epistolario de Álvaro Paulo*, cit., 17).

16. Cfr. C.M. SAGE, *Paul Albar of Cordoba*, cit., 6.

17. «Espero saludar a nuestro padre común, el señor Juan —escribe Alvaro a Juan en su *Carta* 2, 3 (CSM, 153)—, y a toda vuestra familia». Y en la contestación de Juan se dice: «He tenido completa noticia de la muerte de vuestras tres siervas (*ancillae*) por boca del padre común» (P. ÁLVARO, *Carta* 3, 9, CSM, 161). Comenta Flórez (*España Sagrada*, XI, 33-34) que la frase «padre común» bien pudiera estar referida al padre de las mujeres de ambos amigos, pues tanto Alvaro como Juan eran casados. Esta es también la interpretación de Pérez de Urbel (cfr. J. PÉREZ DE URBEL, *Los mozárabes españoles del siglo IX al XI*, cit., 588).

pondencia, nada en estas cartas obliga a pensar que entre Álvaro y Juan Hispalense se diesen vínculos estrictos de fraternidad de sangre. Flórez y Pérez de Urbel, apoyándose en la expresión «padre común», entienden que Álvaro y Juan Hispalense eran cuñados, es decir, que «padre común» está referido a las esposas de ambos, que serían hermanas¹⁸.

En cualquier caso, encontramos en Álvaro de Córdoba un personaje símbolo de la cultura y la sociología mozárabe de la época. Su propio itinerario vital nos lo muestra como un cruce de tradiciones y culturas en una ciudad —Córdoba— que se encuentra en años de esplendor. Álvaro tiene muy probablemente vínculos de sangre con la gran tradición judía del Sur de la Península y, al mismo tiempo, está familiarmente relacionado con la gran tradición latina y cristiana que le llega a través de su ascendencia goda.

Álvaro era casado al igual que su amigo Juan Hispalense. En su correspondencia mutua se intercambian saludos a «la hermosura de la casa» con un lenguaje que se parece al que más tarde utilizaría un gran humanista: Santo Tomás Moro¹⁹. En esta correspondencia con Juan se habla también de tres «ancillae» de su casa que han muerto. Algunos autores, como Baudissin, conjeturan que se trata de tres *monjas*; otros, como Madoz, estiman que se trata de tres hijas de Álvaro²⁰. En cualquier caso, parece cierto que Álvaro permaneció laico durante toda su vida. Así se desprende de lo que dice en el comienzo de su *Vida de Eulogio*²¹.

UN CORDOBÉS CULTO

La formación de Álvaro tiene lugar en la escuela del Abad Espearindeo²². Es aquí donde encuentra a Eulogio, que es sin duda su gran

18. J. MADOZ, *Epistolario de Álvaro Paulo*, cit., 18.

19. Juan le escribe: *Salutare praesumo per os vestrum omnem decorem domus vestre* (Me atrevo a saludar, a través vuestro, a toda la hermosura de la casa) (PAULO ÁLVARO, *Carta* 3, 9, CSM, 161); *Si ausum datis, salutamus omnem polchritudinem domus vestre* (Si me lo permitís, saludamos a toda la belleza de la casa) (PAULO ÁLVARO, *Carta* 6, 10, CSM, 201). Y Álvaro, a su vez, le dice: *Opto per te decorem domui vestre salutare* (Deseo saludar a través de tí a toda la hermosura de tu casa) (PAULO ÁLVARO, *Carta* 2, 3, CSM, 153).

20. Cfr. PAULO ÁLVARO, *Cartas* 3, 9 y 6, 6, CSM, 161 y 200; cfr. J. MADOZ, *Epistolario de Álvaro Paulo*, cit., 19.

21. «Él (Eulogio) adornado con el don del sacerdocio, elevado hacia lo sublime por las alas de la virtud, volaba más alto; yo, lleno del barro de la lujuria y del placer, aún me siento atraído, a arrastrarme por la tierra» (PAULO ÁLVARO, *Vita Eulogii*, 1, CSM, cit., 330). Cfr. C.M. SAGE, *Paul Alvar of Cordoba*, cit., 9-10; J. MADOZ, *Epistolario de Álvaro Paulo*, cit., 19-20.

22. Tanto Álvaro como San Eulogio profesaron siempre una gran veneración al abad Espearindeo en cuya escuela se formaron. De él escribe Pérez de Urbel: «Centinela de la ortodoxia, escribió un tratado violento contra los herejes antitrinitarios; hablando del Islam era

amigo y que tanto influirá en su talante de cristiano, de hombre de la cultura y de defensor de la fe. Álvaro recibió en esta escuela la formación religiosa y humanística típica de su época, y adquirió un notable conocimiento de las cuestiones teológicas y de la tradición patrística.

Como anota J. Madoz, sólo en sus cartas, Álvaro cita explícitamente, entre otros, a San Agustín, San Jerónimo, San Ambrosio, San Gregorio Magno, San Fulgencio de Ruspe, San Atanasio, San Cirilo de Alejandría, Orígenes, Eusebio de Cesarea, Junilio, Euquerio de Lyon, Claudiano Mamerto, Flavio Josefo; de entre los españoles, cita a San Isidoro de Sevilla, al Beato de Liébana, Teudula y Basilisco; de entre los poetas cita a Sedulio y Juvenco. Y hay citas implícitas, de San Jerónimo, de San Julián, San Isidoro, y de los poetas Virgilio, Draconcio, Eugenio de Toledo y tal vez Ovidio²³. En la edición de la *Confessio* contenida en el *Corpus Scriptorum Muzarabicorum* se anota lo siguiente: «*Confesiones y Soliloquios* de San Agustín; *Oración, Confesión y Sinónimos* de Isidoro; poema de Eugenio *Sobre la brevedad de la vida*; opúsculo de Verecundo *Sobre la satisfacción de la penitencia*; los poemas de Draconcio *Sobre las alabanzas de Dios* y muchas otras cosas que ha imitado Álvaro y que ha anotado Sage diligentemente»²⁴.

La erudición de Álvaro es, pues, considerable y se encuentra en sintonía con el estilo de la época y con los problemas de los cristianos de su patria. En efecto, aislados de Europa y bajo un absoluto dominio árabe, el esfuerzo fundamental de estos cristianos se centra en conservar y transmitir los tesoros de sabiduría recibidos. De ahí el esfuerzo por conocer y citar cuanto han escrito los Santos Padres. Por otra parte, esta forma de hacer teología —apoyándose en los Santos Padres— había sido utilizada, p. e., por el Concilio de Frankfurt del 794 y por Paulino de Aquileya²⁵. El saber teológico de Álvaro es tal que el mismo Eulogio le consulta sus escritos, y le llama «doctor egregio y fuente abundante de la sabiduría de nuestro tiempo»²⁶. Más tarde, tras el viaje

más violento todavía. Se ha perdido una historia que escribió del martirio de dos mártires sevillanos, llamados Adulfo y Juan, pero sabemos que en ella daba la voz de alerta a la conciencia de sus correligionarios contra la influencia absorbente del Islam (...) Algo de la amargura de su elocuencia debió de trascender al exterior, puesto que, según el calendario de Recemundo, los cordobeses celebraban la memoria de su martirio el 7 de mayo» (J. PÉREZ DE URBEL, *Los mozárabes españoles del siglo IX al XI*, cit., 585-586).

23. Cfr. J. MADOZ, *Epistolario de Álvaro Paulo*, cit., 21.

24. PAULO ÁLVARO, *Confessio*, 1, CSM, cit., 315.

25. Cfr. L.F. MATEO-SECO, *Adopcionismo hispánico y Concilio de Frankfurt*, «Anales Valentinianos» 20 (1994) 115-118.

26. «Estando cierto día —escribe San Eulogio—, en la casa de nuestro serenísimo maestro Alvaro, tan alabado en el conocimiento de las Escrituras, para iluminar nuestra mente con el contraste de pareceres en los problemas de las Escrituras...» (S. EULOGIO, *Memoriale Sanctorum*, II, 10, 18, CSM, 423).

de San Eulogio a Navarra, Álvaro ampliará el campo de sus conocimientos, interesándose a fondo por el lenguaje y el pensamiento de los clásicos.

En efecto, en el a. 848, Eulogio realizó una visita a los monasterios de San Zacarías y al de Leyre²⁷. Álvaro da gran importancia a este viaje. Eulogio —escribe— «no se satisfacía con visitar los monasterios de su patria, sino que, tomando ocasión de la estancia de sus hermanos en los confines de Francia, emprendió el arriesgado viaje y, penetrando por tierras de Pamplona, se detuvo en el monasterio de San Zacarías, y recorriendo con fervoroso aliento los diversos cenobios de aquellas tierras, disfrutó de la religiosa amistad de muchos padres»²⁸. San Eulogio hizo una amena descripción de su estancia en Navarra en la carta que escribió a Wiliesindo, obispo de Pamplona²⁹.

Se trata de un viaje fructífero como intercambio de amistad y cultura entre los cristianos del Norte y del Sur de la Península. De aquí, anota Álvaro, Eulogio se lleva para el Sur «el libro de la *Ciudad de Dios* de San Agustín, la Eneida de *Virgilio*, las composiciones métricas de Juvenal, los poemas satíricos de Flaco, los opúsculos elaborados de Porfirio, las colecciones epigramáticas de Adhelelmo, las fábulas métricas de Avieno, y una brillante antología poética de himnos católicos, con un gran número de otras cuestiones doctrinales de los grandes ingenios de la tradición, todo ello destinado a la sabrosa investigación de los estudiosos»³⁰.

La riqueza bibliográfica que lleva Eulogio desde Navarra hasta Córdoba influye considerablemente en las reminiscencias de autores clásicos que se encuentran en Álvaro y en Juan Hispalense, hasta el punto de que, dada la seguridad en la datación del viaje, estas citas implícitas sirven para datar la correspondencia entre ambos amigos³¹.

En lo que respecta a Álvaro, este viaje tiene una gran importancia. Como escribe Pérez de Urbel, «este botín literario, fruto de aquella peregrinación, produjo una gran alegría en la cristiandad cordobesa. Álvaro fue el primero en aprovecharlo. Lo vemos por sus cartas a su cuñado Juan el Sevillano (...) Anteriormente tenía miedo a las manifestaciones de la literatura pagana. Escribiendo a Juan de Sevilla, había llegado a

27. Cfr. J. MADDOZ, *El viaje de San Eulogio a Navarra*, en «Príncipe de Viana» 6 (1945) 415-423. El mismo Eulogio recuerda gratamente su estancia en Pamplona y, especialmente, los días pasados en Leyre: «Hallándome en otro tiempo en la ciudad de Pamplona y viviendo en el monasterio Leyre, y revolviendo todos sus volúmenes con el fin de reconocerlos...» (S. EULOGIO, *Apologeticus martyrum*, 15, CSM 483).

28. PAULO ÁLVARO, *Vita Eulogii*, 9, CSM, 335.

29. S. EULOGIO, *Epistula ad Wiliesindum*, CSM, 497-503.

30. PAULO ÁLVARO, *Vita Eulogii*, 9, CSM, 335.

31. J. MADDOZ, *El viaje de San Eulogio a Navarra*, cit., 416.

decirle que en su sentir los cantares de los poetas eran alimento de los demonios, y a los filósofos los llamaba *filocompos*, fabricantes de engaños. Su manera de pensar cambió al ver que su amigo no había dudado en llenar su maleta con los versos de los poetas paganos. Ahora hablará con fruición de Sócrates, de Antístenes, de Platón, de Salustio, y cita con admiración a Virgilio y Horacio»³².

LOS ÚLTIMOS AÑOS

El martirio de San Eulogio tiene lugar el 11 de marzo del 859, «sábado a la hora de nona», puntualiza doloridamente Álvaro³³. Es esta la última referencia cierta para la biografía de Álvaro. Es muy probable que Álvaro escribiese su *Vita Eulogii* en el 860. También se suele datar en torno a ese año la redacción de su *Confessio*. En una carta dirigida al médico Romano, Álvaro habla de una enfermedad que le debilita³⁴; parece que ya no se repuso. Su muerte se suele datar antes del 862, es decir, antes de que la iglesia de Córdoba entrase en uno de los momentos más turbulentos de su historia. Madoz da por segura la muerte antes de estos acontecimientos, ya que —argumenta—, de haber estado vivo, sin duda que su nombre de apologista infatigable nos habría llegado en los documentos de la época³⁵.

El final de la vida de Álvaro estuvo lleno de sufrimientos. La *Carta*, al médico Romano que acabamos de citar, escrita entre el 860 y el 861, proporciona valiosos datos en torno a este asunto. Según cuenta Álvaro en esta carta, la pobreza y la debilidad le han impedido encontrarse con él³⁶. Además ha surgido contra él una acusación injusta: se le culpa de haber perjudicado al monasterio construido en terrenos de su propiedad, con el que tanto él como su padre habían sido muy generosos en años anteriores³⁷.

Los hechos que motivaron esta acusación son estos: Un personaje, al que Álvaro llama Príncipe de los Romanos, había invadido posesiones de ese monasterio, amparándose en una compra de terrenos realizada a Álvaro. Este dice que había dudado mucho antes de vender, pero que cedió ante las presiones del comprador, aunque delimitando bien los límites de la donación que había hecho al monasterio y reco-

32. J. PÉREZ DE URBEL, *Los mozárabes españoles del siglo IX al XI*, cit., 588.

33. Cfr. PAULO ÁLVARO, *Vita Eulogii*, 15, CSM, 340.

34. *Debilitas iam iamque moriturum incurvat*: ya la debilidad encorva a quien está ya a punto de morir (PAULO ÁLVARO, *Carta* 9, 3, CSM, 212).

35. Cfr. J. MADOZ, *Epistolario de Álvaro Paulo*, cit., 24.

36. PAULO ÁLVARO, *Carta* 9, 6, CSM, 214.

37. PAULO ÁLVARO, *Carta* 9, 3, CSM, 212.

mendando al comprador que respetase a los monjes³⁸. Fue un mal negocio para Álvaro, que tuvo también consecuencias adversas para los monjes. Félix, a quien Álvaro llama maniqueo, y un clérigo llamado Julián, elevaron una denuncia ante Servando, Conde de Córdoba, contra Álvaro, acusándole de ser el responsable de esas extralimitaciones del Príncipe de los Romanos. Le acusan, concretamente, de haber vendido esa posesión sin suficientes salvaguardas para el monasterio³⁹. Álvaro se queja de que se le acuse, olvidando antiguas generosidades; se queja, sobre todo, de su impotencia para remediar el error de su venta.

En esa misma carta al médico Romano, habla también Álvaro de que ha sufrido una grave enfermedad que le ha puesto en trance de muerte; en esa situación recibió el remedio de la penitencia eclesiástica⁴⁰. Como anota M. Ferotin en su edición del *Liber Ordinum muzarabicus*, esta práctica penitencial se mantuvo en España mucho tiempo después de la caída del reino visigodo⁴¹. Álvaro, en momentos de gravedad, se ha sometido, pues, al rito de la penitencia canónica y ahora que ha recobrado la salud está obligado a cumplir los compromisos contraídos al someterse a ella, entre los que se incluye el estar privado de la comunión eucarística⁴².

38. «Después de seis meses o un poco más, el mismo príncipe vino a mí y me pidió que le vendiese lo que ya casi había comprado. Dios me es testigo de que, en un primer momento, me negué (...) pero él me puso por delante su beneficio (...) Cuando ya a solas volví a pensar en la venta que le había hecho, y comparé su fuerza con mi debilidad, decidí dejarlo así, porque no podía hacer otra cosa. Ahora bien, señalé los límites de la iglesia, que, no mi padre, sino yo, había donado, y en el momento de la compra, suscribiéndolo los presentes, lo indiqué y señalé los límites, y recomendé a aquellos confesores, y no cesé de hacer recomendaciones favorables a aquel lugar. Pero se ha actuado en forma muy diferente a la que yo pensé (...) ¿Qué puedo hacer ahora, serenísimo señor? Ni puedo resistir, ni puedo devolver, ni puedo volver a comprarlo con un precio mayor» (PAULO ÁLVARO, *Carta* 9, 4, CSM, 213).

39. Cfr. J. MADDOZ, *Epistolario de Álvaro Paulo*, cit., 185.

40. Se trata del remedio o voto de penitencia que hacían los enfermos para obtener la salud. Sus obligaciones, caso de obtenerla, eran diversas, y entre ellas se contaba la de verse privados de la recepción eucarística.

41. He aquí cómo narra la forma en que se somete a ella el rey San Fernando, en el año 1065: «El piadoso monarca se hace conducir a la basílica de San Isidoro, donde ruega a Dios que reciba su alma. Diciendo ésto, se despojó del manto regio, con el que cubría su cuerpo, se quitó la corona llena de piedras preciosas, y postrándose en el suelo de la iglesia oraba con lágrimas ardientemente a Dios por sus pecados. Entonces, aceptada por los obispos la penitencia, se le viste de cilicio en vez de la vestimenta real, y se le impone ceniza en vez de la diadema real. Dios le concedió vivir dos días en tal estado de penitencia» (M. FEROTIN, *Le Liber Ordinum en usage dans l'Église wisigothique et morabbe d'Espagne du cinquième au onzième siècle*, Paris 1904, 89).

42. He aquí algunas rúbricas de la ceremonia, tal y como se indican en el *Liber Ordinum*: «Si algún enfermo desea recibir la penitencia, el sacerdote, entrando, le hace la tonsura; después le da la comunión. Después de esto, le cubre con el cilicio, y hace una cruz con la ceniza, y dice este responso (...) Terminada la oración dominical, se le quita el cilicio, y si queda tiempo de vida se le priva de la comunión». Comenta M. Ferotin: «Por las palabras se le priva de la comunión, se debe entender que, la comunión debe ser diferida en el caso de que la

De este estado de penitencia habla Álvaro en su correspondencia con el obispo Saulo. En ella le suplica que, una vez puestas las condiciones y cargas que estime oportunas, se le aplique la reconciliación, delegando para ello en un presbítero. Aduce como motivo lo doloroso que le resulta verse privado de la comunión⁴³. Saulo responde negativamente a esta petición, irritado con los ataques que Álvaro ha efectuado contra algunos acusándoles de ser «casi migecianos, donatistas y luciferianos»⁴⁴. La respuesta de Álvaro a Saulo es amarga, y en ella no habla ya de la absolución o conmutación de la penitencia, sino que le critica con acritud poniéndole delante el desorden eclesiástico que existe⁴⁵. Como anota Sage, estas tres cartas nos dicen muchas cosas en torno a la situación de Álvaro y, al mismo tiempo, dejan muchas cosas sin explicar, en parte, porque su fecha es incierta, y en parte porque fuera de ellas no se poseen otros datos para entender la situación eclesiástica a que se refieren⁴⁶. En cualquier caso, es claro que los últimos años de Álvaro, enfermo y pobre, están dedicados a seguir sosteniendo en la fe a muchos mozárabes, evitando que aumenten las apostasías.

La muerte de Álvaro se sitúa en torno al 861, posiblemente por una recaída en la misma enfermedad a causa de la cual se sometió a la penitencia. Fue un cristiano de gran cultura y coraje, empeñado en las grandes batallas de la época. Tras la muerte, su memoria comenzó a ser venerada por muchos cordobeses. Cuando un siglo más tarde, Recemundo, obispo de Elvira, redacta un calendario para el califa Alhaquem II, anota el 7 de noviembre: «en él es la fiesta de Albaro de Córdoba»⁴⁷.

ACTIVIDAD LITERARIA

La obra literaria de Álvaro no es muy extensa. En el *Corpus Scriptorum Muzarabiorum* ocupa tan sólo algo más de doscientas páginas.

muerte no sea inminente» (M. FEROTIN, *Le Liber Ordinum en usage dans l'Église wisigothique...*, cit., 87 y 91). Sobre la disciplina penitencial en esta época, cfr. F.J. LOZANO, *La penitencia canónica en la España romano-visigótica*, Burgos 1980; M. AMMAN, *Pénitence*, en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, XII, esp. 833-844; F. CABROL, *Mozarabe (La Liturgie)*, en *Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et de Liturgie*, XII, 459-462; P. ADNÈS, *La penitencia*, Madrid 1981, 106-144.

43. PAULO ÁLVARO, *Carta* 11, 2-3, CSM 223.

44. PAULO ÁLVARO, *Carta* 12, 2 CSM, 222-224.

45. PAULO ÁLVARO, *Carta* 13, 2 CSM, 225.

46. Cfr. C.M. SAGE, *Paul Albar of Cordoba*, cit., 37.

47. «VII. *In ipso est festum Albari in Corduba*». Cfr. E. PELLAL, *Le Calendrier de Cordoue*, Leiden 1961, 163. Cfr. M. FEROTIN, *Étude sur neuf calendriers mozarabes*, en el *Liber Ordinum*, 448-497. Cfr. también M. ALAMO, *Les calendriers mozarabes d'après Dom Ferotin, additions et corrections*, «Revue d'Histoire Ecclésiastique» 29 (1943) 100-131. Pellal anota que es el único calendario que incluye a Alvaro entre los santos (E. PELLAL, *o.c.*, 162).

Resulta, pues, pequeña, si se la compara con los escritores cristianos de otras épocas. En cambio, si se la compara con el resto de los autores mozárabes, es de las más extensas. Tiene, además, la ventaja de abarcar todos los géneros literarios y de reflejar todas las cuestiones que preocuparon a los cristianos de su época y lugar.

En torno al año 854 se suele datar su *Indiculus luminosus*, que es una violenta impugnación contra los arabizantes, y que contiene ataques muy duros —a veces insultantes— contra Mahoma. Su estilo es bastante enrevesado, «entre Lucano y Góngora», se suele decir de él⁴⁸.

El *Epistolario* de Álvaro contiene correspondencia con Juan Hispalense, Esperaíndeo, Bodo Eleazar, el obispo Saulo y el médico Romano. Esta correspondencia tiene una gran importancia, pues aporta datos de gran interés para la historia de aquel período y para el conocimiento de sus personajes.

Álvaro se ejercitó también en la poesía latina, en versos muchas veces carentes de auténtica inspiración. Entre estas poesías, destacan unos hexámetros compuestos en honor de San Jerónimo y el himno para la fiesta de San Eulogio.

La *Vita vel passio beatissimi martyris Eulogii* es de incalculable valor histórico no sólo para conocer la vida y el martirio de Eulogio, sino también para conocer su amistad entrañable con Álvaro, cómo era la educación cristiana en aquellos años y, sobre todo, para conocer el desarrollo y el carácter de la persecución contra los cristianos que tuvo lugar en los años 850-860 bajo Abd al-Rahman II.

Finalmente, la *Confessio*, que es una amplia y humilde confesión de fe redactada a ejemplo de los *Sinónimos* de San Isidoro; es un libro que brota de la devoción de Álvaro, y está escrito para manifestar la propia fe y, sobre todo, para manifestar la contrición por los pecados. Un libro muy coherente con la situación de penitencia que Álvaro ha asumido con motivo de su grave enfermedad. Pero antes de entrar en su análisis, detengámonos unos momentos en la presentación de las cuestiones teológicas y eclesiales más sobresalientes en que intervino Álvaro, mientras describimos su relación con personajes significados de su época.

ÁLVARO Y EULOGIO

Entre estos dos grandes hombres de la cultura cristiana cordobesa del siglo IX se da una estrecha y fecunda amistad que comenzó en su

48. Cfr. N. LÓPEZ MARTÍNEZ, *Álvaro de Córdoba, Paulo*, cit., 774.

adolescencia en la escuela del abad de Esperaindeo, y se mantuvo siempre viva y cálida. Álvaro nos ha dejado una entrañable descripción de esta amistad y de sus primeros años de estudio.

Él y Eulogio, «por la gracia de Dios, desde el primer florecer de la adolescencia» estuvieron «concordes por la dulzura de la caridad y por el amor a las Escrituras». Eulogio iba con frecuencia a ver al Abad Esperaindeo, «que en aquel tiempo, endulzaba los confines de la Bética con los ríos de su prudencia»⁴⁹. «Allí —prosigue Álvaro— le vi por vez primera, allí me uní a su dulce amistad (...) Yo también era, en efecto, alumno de tan preclaro varón (...) Nosotros no sólo nos fuimos acercando gradualmente, sino que nos unimos con un lazo imperecedero; nos hicimos discípulos del mismo hombre, investigadores de la verdad, y amigos uno del otro (...) Juntos estudiábamos la Escritura con la pasión de un juego y, aún sin siquiera saber gobernar nuestra barca en un lago, ya nos creíamos en medio del fragor del mar Euxino⁵⁰. Poníamos por carta nuestras disputas doctrinales de niños, no contenciosa, sino amigablemente, y nos manifestábamos nuestro aprecio con versos rítmicos»⁵¹.

La descripción que hace Álvaro de estos años está llena de frescura. Pérez de Urbel, en su *Eulogio de Córdoba*, ha sabido reflejar con fuerza poética su importancia en la vida de los dos amigos. Eulogio y Álvaro son dos cristianos muy jóvenes, que viven en la Córdoba culta y mahometana. Ambos proceden de familias de elevada posición; ambos se sienten portadores de nobilísimas tradiciones de religión y de patria. Los dos estudian apasionadamente todo lo que está a su alcance. Se enfrascan en la meditación de la Sagrada Escritura, se apasionan con las disputas doctrinales, se dedican modestos y toscos versos rítmicos, atentos también a la belleza del lenguaje y al ejercicio literario. Álvaro destruiría más tarde esos versos por considerarlos imperfectos. Tras su viaje a Navarra, Eulogio, ya en la cárcel, se preocuparía de preparar para sus amigos reglas que les permitieran mejorar su métrica⁵². Los únicos versos que se conservan de Álvaro son los de su edad madura, escritos tras los estudios de la métrica latina que hizo Eulogio para sus amigos durante su permanencia en la cárcel el año 851⁵³. Pero ya estaba ahí, en los primeros años, toda la pasión por la defensa del cristia-

49. La dulzura del abad Esperaindeo no parece haber sido tanta. A esta frase de Álvaro, comenta Fray Justo Pérez de Urbel: «Sin embargo, no era la suavidad la característica de su palabra» (J. PÉREZ DE URBEL, *Los mozárabes españoles desde el siglo IX al XI*, cit., 585).

50. Nombre dado antes al Mar Negro.

51. PAULO ÁLVARO, *Vita vel passio Eulogii*, 1 y 2, CSM, 330-332.

52. Cf. L. ORTIZ MUÑOZ, *Eulogio de Córdoba (San)*, en *Gran Enciclopedia Rialp*, IX, 517.

53. Cfr. C.M. SAGE, *Paul Albar of Cordoba*, cit., 6.

nismo y por la cultura que acompañará a Álvaro hasta el final de su vida. Y cuando años más tarde, ya anciano, escribe la vida y el martirio del amigo del alma, Álvaro, conmovido por el recuerdo de los años infantiles, nos legó esta magnífica descripción del ambiente estudiantil de la época y de sus ilusiones de adolescente⁵⁴.

Además de la *Vida de Eulogio*, nos quedan, como testimonio de esta amistad, dos cartas que Álvaro escribe a Eulogio en contestación a otras dos que ha recibido de él. Eulogio, a su vez, coloca como prefacio de su *Memoriale sanctorum* y de su *Documentum martiriale* las dos cartas de su amigo⁵⁵. Y es que Eulogio, antes de publicar sus libros, consulta a Álvaro. La aprobación de Álvaro de estos escritos es realmente entusiasta.

Ambos amigos se complementan. Eulogio tiene una gran admiración por la erudición de Álvaro; Álvaro tiene una gran veneración y un gran respeto por las virtudes y la espiritualidad de Eulogio. En su *Vita Eulogii*, Álvaro deja claro que en el caso de Eulogio, el martirio viene a coronar una vida santa, es decir, que Eulogio desde siempre había vivido las virtudes cristianas con una heroicidad que encontraba su consumación en el martirio⁵⁶.

LAS PERSECUCIONES CONTRA LOS CRISTIANOS

Como telón de fondo de esta amistad se encuentra la situación de persecución que ambos padecen durante los años centrales de su vida. Abd al-Rahman II sube al trono en el 821 y ya en el comienzo de su reinado sufren martirio algunos cristianos, entre ellos Adulfo y Juan (¿27 de septiembre del 824?). Estos primeros martirios no han de considerarse como el resultado de una persecución organizada, sino como el resultado que tiene para los cristianos su situación jurídica según el derecho islámico. Esta situación de clara opresión legal que padecen los cristianos está en la base de las reacciones violentas que estallarán pocos años más tarde.

En efecto, Adulfo y Juan, hermanos de Aurea (que será martirizada en el 856), eran muladíes emigrados de Sevilla que, a la muerte de su padre musulmán, fueron educados en la religión cristiana por su ma-

54. También Eulogio describe este ambiente de los primeros años en su *Memoriale Sanctorum*, en el que llama al abad Esperaindeo «varón ilustradísimo», «gran luz de la Iglesia en nuestros tiempos», «anciano, maestro nuestro e ilustrísimo doctor de feliz memoria» (*Memoriale Sanctorum*, I, 7; II, 8-9, CSM 375 y 412).

55. Cfr. CSM, 363-366 y 459-461.

56. Cfr. C.M. SAGE, *Paul Albar of Cordoba*, cit., 8.

dre Artemia. Fueron denunciados de apostasía por los familiares del linaje paterno, pero ellos se negaron a volver a la religión mahometana, como les obligaba la ley. El juez les condenó a ser degollados. San Eulogio, en su *Memoriale sanctorum*, dice que el abad Esperaindeo les incluía en su martirologio⁵⁷.

Estos martirios han de considerarse como anecdóticos, pero, a su vez, como expresión de la opresión que sufren los cristianos y, por tanto, permiten comprender el cansancio que hombres como Eulogio y Álvaro van acumulando ante semejante situación. Es cierto que los cristianos podían utilizar para el culto las iglesias que los mahometanos no habían confiscado y convertido en mezquitas, pero no tenían permiso para construir otras nuevas o para repararlas, a no ser en caso de ruina. Y, aunque como es natural, la ley no fuese aplicada con rigor en algunas ocasiones, cualquier emir podía aplicarla en cualquier momento. Así se hizo bastantes veces.

De igual forma resultaba opresora la ley que prohibía que los mahometanos se convirtiesen al cristianismo. Este es el caso en que caen Adulfo y Juan, que eran hijos de un matrimonio mixto⁵⁸. En efecto, esta ley llevaba consigo el que los hijos de matrimonios mixtos, que debían ser necesariamente mahometanos, no podían convertirse al cristianismo, pues se les consideraba apóstatas del mahometismo. Lo mismo sucedía con aquellos cristianos que, en un momento de debilidad, se habían convertido al mahometismo: no podían volver al cristianismo. Esto daba lugar a que hubiese muchas personas que eran cristianos en secreto⁵⁹.

En la *Historia de la Iglesia de Sevilla*, se describe la situación con un realismo a todas luces verosímil: «En la década 850-860 se desencadenó en Córdoba una persecución religiosa que se saldó con unos cincuenta mártires mozárabes. Se ha ponderado mucho últimamente la tolerancia musulmana, que ofrecía a los mozárabes el poseer templos y escuelas propias, y el fanatismo de los cristianos que abiertamente insultaban lo más sagrado de su religión. Pero más bien habría que hablar de los duros impuestos que soportaban y de las vejaciones continuas. Aún en tiempos pacíficos y normales, la tolerancia de los mahometanos con el culto católico no se lograba sino a costa de sudor y lágrimas; pues

57. Cfr. S. EUGENIO DE CÓRDOBA, *Memoriale sanctorum*, II, 9, CSM, 412. El Calendario de Córdoba dice lo siguiente en el 27 de septiembre: «27. Fiesta de (san) Adulfo y de (san) Juan en Córdoba» (E. PELLAL, *Le Calendrier de Cordoue*, cit., 142).

58. Estos dos hermanos eran hijos de la venerable Artemia, cristiana, y de padre musulmán, y sufrieron las consecuencias de una ley musulmana que castigaba con la muerte al que, siendo hijo de padre o madre musulmana, abrazaba la religión cristiana. Cfr. C. ROS (ed.), *Historia de la Iglesia de Sevilla*, Sevilla 1992, 848.

59. Cfr. C.M. SAGE, *Paul Albar of Cordoba*, cit., 22-23.

viendo aquellos que los abrumaban cada día con mayores exacciones, aparte de los tributos ordinarios, graves de suyo, les imponían otros siempre que hallaban algún pretexto. A esta iniquidad contribuían poderosamente las sugerencias y prédicas de los santones y alfaquíes, los cuales enseñaban que el Sultán debía mostrar su celo por la religión musulímica, aumentando las cuotas de pechos que pagaban los cristianos (...)»⁶⁰.

Esto explica la explosión que tiene lugar en el año 850 y en la que Eulogio y Álvaro intervienen con todo el peso de su prestigio. El primer mártir de esta persecución es Perfecto, sacerdote de la iglesia de San Ascisclo. En una conversación con algunos amigos musulmanes, Perfecto, que dominaba el árabe, insultó acaloradamente al Islam al comparar la vida de Mahoma con la vida de Cristo. Sus amigos le prometieron discreción, pero fue denunciado. En un interrogatorio ante el cadí, al defender su fe, Perfecto volvió a maldecir a Mahoma, por lo que fue condenado a muerte y encarcelado hasta el momento de su ejecución. El eunuco Nasr consigue que se aplase la ejecución para decapitarle el 18 de abril del 850, día de la fiesta coránica de la Ruptura del Ayuno, para convertir su muerte en un espectáculo. Antes de ser degollado, Perfecto profetizó a Nasr que moriría antes de un año, cosa que así sucedió⁶¹.

Algunos aprovecharon las circunstancias espectaculares de la muerte de Perfecto y el cumplimiento de su profecía para enardecer los ánimos de los mozárabes. La consecuencia es lo que se llama el martirio voluntario, es decir, la declaración voluntaria de ser cristiano, o bien la burla contra el Islam que llevaba aparejada la muerte. Se entiende que muchos de estas declaraciones voluntarias procediesen de cristianos que, por sus circunstancias personales, estaban condenados a serlo en secreto.

A juicio de Sage, Álvaro y Eulogio apoyaron este movimiento, pero no lo originaron. Más bien parece que se trató de un movimiento espontáneo que fue creciendo y que tuvo como detonante la muerte de Perfecto y el cumplimiento de su profecía. Eulogio y Álvaro apoyaron este movimiento, pero es imposible decir hasta qué punto tuvieron influencia, o hasta dónde hubiera llegado el movimiento, si ellos no le hubiesen apoyado⁶². Otros autores hablan como si Eulogio y Álvaro hubiesen estado a la cabeza del movimiento⁶³. En cualquier caso, es claro que ya en los últimos años de su vida, ambos amigos están empeñados apasionadamente en esta batalla.

60. C. ROS (ed.), *Historia de la Iglesia de Sevilla*, cit., 83. El texto es del mismo C. Ros, apoyándose en una cita de Simonet.

61. Cfr. L. ORTIZ MUÑOZ, *Mozárabes; hagiografía*, en *Gran Enciclopedia Rialp*, XVI, 377.

62. Cfr. C.M. SAGE, *Paul Albar of Cordoba*, cit., 23-27.

63. Así p.e., L. ORTIZ MUÑOZ, en *Mozárabes*, cit., 377.

A causa de los martirios «voluntarios», la situación de los cristianos de Córdoba se volvió complicada. Muchos cristianos, temerosos de ser confundidos con aquellos que se presentaban espontáneamente al martirio, acudieron al emir solicitando un concilio. El concilio se abrió en el 852 y en él, presidido por Recafredo, obispo de Sevilla, se decreta la prohibición de presentarse a estos martirios espontáneos⁶⁴. Los que no acataron la prohibición del concilio —entre ellos Eulogio—, fueron encarcelados.

El 26 de septiembre del 852, es proclamado nuevo emir Mohamed I y Eulogio es puesto en libertad. La persecución volverá a recrudecerse posteriormente. Eulogio es decapitado el 11 de marzo del 859, «a la hora de nona». La ocasión del martirio es una anécdota que refleja bien la situación de los cristianos bajo el dominio musulmán: Eulogio, para proteger la fe de Leocricia —que era hija de un matrimonio mixto y que, por tanto, está obligada por ley a profesar el mahometismo—, primero la ocultó en su casa, y luego en la de unos amigos hasta que ambos fueron denunciados. Acusado de proselitismo, fue llevado ante la corte del visir y terminó por injuriar al Profeta. Fue sepultado en la iglesia de San Zoilo; en el año 883 sus restos fueron trasladados a la Catedral de Oviedo.

Las dos cartas de Álvaro a Eulogio están motivadas por estos problemas. Eulogio, durante su prisión, ha escrito el *Memoriale sanctorum*, defendiendo el movimiento martirial y haciendo la crónica de los mártires; también ha escrito un documento más pequeño, el *Documentum martiriale*, animando al martirio a los que están encarcelados. Eulogio envió ambos escritos a Álvaro desde la prisión. Álvaro contestó con las cartas de que ya se ha hablado.

Emocionadamente dirige Álvaro esta oración a Eulogio en uno de sus poemas: «Ahora te ruego, oh santo, que recuerdes el nombre del amigo, al que tu dulce amistad mantuvo firme aquí en la tierra; me refiero a Álvaro, que cargado con demasiado peso, lleno de vicios, yerra por los caminos del mundo. Que tu oración lo vuelva a los prados de la vida para que, según costumbre, se alimente de aquel santo y digno amor en el que permanezca unido a ti por los siglos»⁶⁵.

UNA CONSULTA TEOLÓGICA

En el epistolario de Álvaro hay un intercambio de cartas entre Álvaro y el abad Esperaindeo sobre una cuestión teológica. Preocupan a

64. Sobre la actuación de Recafredo, el encarcelamiento del Saúl obispo de Córdoba y del mismo Eulogio, cfr. C. ROS (ed.), *Historia de la Iglesia de Sevilla*, cit., 83-84. Es durante este encarcelamiento cuando Eulogio dedica parte de su tiempo al análisis de la métrica latina.

65. *Oratio Albari*, CSM, 361.

Álvaro algunas doctrinas contrarias al misterio de la Trinidad y al ser de Cristo. Lo más grave de todo esto, escribe Álvaro refiriéndose en forma genérica a los que defienden unas doctrinas que le parecen ajenas a la fe cristiana, es que no creen que Dios es trino en la unidad y uno en la trinidad⁶⁶.

No se conoce quiénes son estos herejes de que habla Álvaro. Se les ha intentado identificar con los herejes que condenó el Concilio de Córdoba del año 839, aunque sin éxito⁶⁷. Es muy posible que nos encontremos ante un caso no extraño del influjo del monoteísmo islámico sobre algunos círculos cristianos. En efecto, la cuestión parece centrarse en la negación del misterio trinitario por la dificultad que encontraban estos cristianos para conjugarlo con la unicidad de Dios. La situación se puede imaginar con verosimilitud: los mahometanos habrían acusado a estos cristianos de ser politeístas, y ellos habrían intentado defenderse vaciando de contenido real la doctrina cristiana sobre la Trinidad del Dios Único.

Lógicamente, a la negación de la doctrina cristiana en torno al misterio íntimo del ser de Dios, sigue la negación de la verdad sobre Jesucristo, que es Dios en cuanto es el Hijo, es decir, en cuanto que es la segunda Persona de la Santísima Trinidad. Álvaro lo expone con claridad envidiable: «Dicen que Cristo, Dios y Señor nuestro, es sólo un hombre»⁶⁸. Quizás nos encontremos ante las últimas estribaciones del adopcionismo defendido unas décadas antes por Elipando de Toledo y Félix de Urgel⁶⁹, es decir, quizás nos encontremos ante el resultado que se sigue lógicamente de la afirmación de que Jesús —aunque sólo sea en cuanto hombre— es hijo adoptivo del Padre: si es hijo adoptivo, no es hijo natural y, por tanto, en la medida en que es hijo adoptivo no es Dios.

Álvaro anota en este lugar que estos herejes «descartan los dichos de los profetas, rechazan las enseñanzas de los doctores y dicen que reciben el evangelio», es decir, se dan a una lectura del evangelio sacado de su contexto eclesial. Así cuando llegan al conocido texto de Mt 24, 36 en que Cristo dice ignorar la fecha del fin del mundo (*en cuanto a aquel día y a aquella hora nadie sabe, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo*,

66. «Su maldad más grave, que debe ser segada con la hoz de la verdad, es que no creen que Dios es trino en la Unidad y uno en la Trinidad; no aceptan los dichos de los profetas, rechazan las enseñanzas de los doctores (...) Dicen que Cristo, Dios y Señor nuestro, es sólo un hombre...» (PAULO ÁLVARO, *Carta 7*, 2, CSM 202).

67. En efecto, como advierte Madoz, en ninguna de las actas que se conservan de ese concilio se nota preocupación por problemas trinitarios. Cfr. J. MADÓZ, *Epistolario de Álvaro Paulo*, cit., 47.

68. PAULO ÁLVARO, *Carta 7*, 2, CSM, 202.

69. Cfr. L.F. MATEO-SECO, *Adopcionismo hispánico y Concilio de Frankfurt*, cit., 99-120.

sino sólo el Padre), argumentan que el Hijo no sólo no es igual al Padre, sino que ni siquiera es Dios, pues ignora la fecha del fin del mundo.

Esperaindeo contesta a las dos cuestiones que le plantea Álvaro. Comienza su respuesta haciendo un llamamiento a la humildad en todo lo referente a la fe: ante el misterio es mejor callar que afirmar, creer rectamente lo que está revelado que andar curioseando. Esperaindeo prosigue su exposición con una explícita confesión de fe: «Cremos en el Padre con su Hijo y con el Espíritu Santo; creemos uno al que es trino en personas. Cómo tuvo lugar el inviolado parto de la Virgen, o cómo quiso padecer una vez nacido, esto a nadie le es lícito discutirlo, sino sólo creerlo»⁷⁰.

García Villada hizo notar cómo el lenguaje y las afirmaciones de Esperaindeo entroncan perfectamente con las expresiones doctrinales y teológicas de los Padres visigodos. «Al leer su fórmula de fe —escribe— nos sentimos transportados a las asambleas toledanas, o nos parece estar leyendo un fragmento de San Isidoro, de San Ildefonso o de San Julián»⁷¹. J. Madoz ha puesto de relieve la dependencia que el texto de Esperaindeo guarda con respecto al libro VIII del *De Trinitate* del Ps. Vigilio, y hace notar que el II Concilio de Sevilla⁷² cita este mismo texto, aunque atribuyéndolo a San Atanasio⁷³.

Toda esta profesión trinitaria de fe recuerda por su precisión de lenguaje a los Concilios de Toledo o al Símbolo *Quicumque*. Al final de ella Esperaindeo sale al paso de una comprensión modalista o sabe-liana de la Trinidad: «¿Cómo es posible que se den tres personas en una sola sustancia? Ellos las llaman tres virtudes; nosotros creemos tres personas en una sola virtud: tres vocablos, pero un solo Dios»⁷⁴.

En esta y otras frases parecidas, que se repiten en este texto, aparece clara la preocupación por salir al paso de los modalistas y priscilianistas que veían en la Trinidad tres «virtudes» —es decir, tres fuerzas o *dynámeis*—, pero no tres personas. El misterio trinitario consiste en que hay en Dios tres personas, y no tres fuerzas, o una fuerza que se

70. PAULO ÁLVARO, *Carta* 8, 3, CSM, 205.

71. Z. GARCÍA VILLADA, *Historia Eclesiástica de España*, III, Madrid 1936, 128.

72. El Concilio II de Sevilla se celebra el año 619, y está presidido por San Isidoro. En él tiene lugar la retractación de Gregorio, obispo sirio, que negaba la dualidad de naturalezas en Cristo. Fue admitido a la comunión con la Iglesia tras profesar que existen en Cristo dos naturalezas en una sola persona. «Confesamos a un solo Señor nuestro, Jesucristo, nacido del Padre fuera del tiempo, dado a luz en el tiempo por el seno de la gloriosa Virgen María. Por esta razón, tiene dos naturalezas en una sola persona subsistente...» (Concilium Hispalense II, *Collectio canonum S. Isidoro ascripta*, cn. 13, PL 84, 589). Cfr. C. ROS (ed.), *Historia de la Iglesia de Sevilla*, cit., 49-51.

73. Cfr. J. MADOZ, *Epistolario de Álvaro Paulo*, cit., 51. El texto que cita el concilio atribuyéndolo a San Atanasio, está en el cn. 13, PL 84, 604.

74. PAULO ÁLVARO, *Carta* 8, 3, CSM, 205-207.

manifiesta en tres formas diversas. De ahí la insistencia de Esperaindeo al decir que, para creer rectamente en el misterio trinitario, no basta con hablar de tres *virtudes* en Dios; es necesario confesar claramente que Dios *es tres personas*.

No es el momento de detenernos en la larga y explícita profesión de fe del abad Esperaindeo y en su meditada respuesta a las cuestiones que le ha propuesto Álvaro. En la *Confessio* veremos algo de esta pasión por la concreción de lenguaje cuando se trata de manifestar la fe en el Dios uno y trino. Esperaindeo explica la unidad que se da entre las tres divinas Personas —las tres son un mismo y único Dios— basándose precisamente en el hecho de que una Persona está en la otra, es decir, en el hecho de la *circumin-sessio*⁷⁵. También es llamativa la insistencia en el hecho de que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y la hermosa semejanza con que propone esta doctrina: el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo como una misma llama procede a la vez de dos troncos que arden unidos⁷⁶.

Tras la larga profesión de fe, Esperaindeo pasa a contestar las cuestiones propuestas por Álvaro utilizando el sistema de preguntas y respuestas. Se nota también aquí la claridad expositiva del II Concilio de Sevilla, precisamente a la hora de saber utilizar la comunicación de idiomas al hablar de las acciones y cualidades del Hijo de Dios hecho hombre. En efecto, a la Persona de Jesús, precisamente porque es una sola, se atribuyen las cualidades y acciones de las dos naturalezas, tanto de la divina como de la humana, sin que por ello se mezclen entre sí ambas naturalezas. A esta realidad pertenece el hecho de la *comunicación de idiomas*, es decir, la forma en que las propiedades de una y otra naturaleza se predicán de la misma y única Persona de Cristo, pero no se mezclan entre sí. Por eso puntualiza Esperaindeo: lo que se dice de Cristo a causa de su humanidad, no pertenece a la sustancia de la divinidad, sino a la naturaleza de la carne⁷⁷.

Como escribe Madoz, «la respuesta de Esperaindeo a su discípulo Álvaro lleva el sello característico de la buena producción literaria de los mozárabes, conservadores de la herencia isidoriana; fiel y discreta adhesión a la tradición patrística, nitidez de conceptos y precisión de terminología en la formulación de los dogmas de nuestra fe, que no desaparece en medio de la decadencia del latín un tanto bárbaro»⁷⁸.

75. «Confesamos al Padre en el Hijo, y al Hijo en el Padre con el Espíritu Santo; no está separada ni dividida la divinidad» (PAULO ÁLVARO, *Carta* 8, 3, CSM 206).

76. «Dos leños unidos, puestos en el fuego: de ellos sale (*procedit*) una llama inseparable. Así de la virtud del Padre y del Hijo procede el Espíritu Santo, que posee la misma virtud y la misma divinidad, como dice el beatísimo apóstol Pablo: *Un solo Dios, un solo Mediador...* (1 Tim 2, 5)» (PAULO ÁLVARO, *Carta* 8, 3, CSM, 206-207).

77. Cfr. PAULO ÁLVARO, *Carta* 8, 3, CSM, 206.

78. J. MADOZ, *Epistolario de Álvaro Paulo*, cit., 53.

El lector encuentra un eco fiel de estas enseñanzas y de este quehacer teológico del maestro de Álvaro de Córdoba y de su gusto por la claridad expositiva en las primeras páginas de la *Confessio*.

LA CORRESPONDENCIA CON BODO ELEAZAR

La correspondencia de Álvaro con Bodo Eleazar ocupa las *Cartas* 14-20, y es un buen ejemplo de cómo se desarrollaba en esta época la argumentación apologetica frente a los judíos. Giraba toda ella en torno a la demostración de la mesianidad de Jesús, y la argumentación recurría exclusivamente al Antiguo Testamento. Álvaro no recurre a textos del Nuevo Testamento por estimar que la razón de fondo por la que los judíos no se convierten, estriba en el hecho de que no prestan suficientemente oídos a Moisés. En el horizonte de este diagnóstico se encuentra la conocida afirmación de Nuestro Señor al final de la parábola del rico epulón: *Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se dejarán persuadir aunque resucite un muerto* (Lc 16, 31)⁷⁹. En este intercambio de correspondencia, el lenguaje de Álvaro se va agriando en la medida en que Bodo Eleazar recurre a la blasfemia como respuesta.

Según se dice en los *Annales Bertiniani* en el año 839, Bodo, alemán de origen, diácono en la corte de Ludovico Pío, apostató del cristianismo, se hizo judío, se circuncidó tomando el nombre de Eleazar, y obligó a un sobrino suyo a hacerse judío. Tomó por mujer a la hija de un judío. En el año 847, los mismos *Annales* nos lo describen agitando una persecución general en España contra los cristianos, intentando que los sarracenos fueren a los cristianos a hacerse judíos o mahometanos. Hubo petición de los cristianos «al rey Carlos el Calvo, a los obispos de su reino y a los demás estamentos de nuestra fe, para que se le exigiese al ya mencionado apóstata que no molestase a los que allí vivían, ni les fuese ocasión de muerte»⁸⁰. Parecidas noticias encontramos en Amulón (†852), obispo de Lyon⁸¹.

Este parece ser el personaje con el que Álvaro mantiene la polémica antijudía; al menos sus rasgos coinciden con el judío al que Álvaro di-

79. Anota J. Madoz que Alvaro sigue en esto la estrategia habitual en los antiguos apologetas cristianos, cuyo planteamiento formula así San Agustín comentando precisamente Lc 16, 31: «Los judíos ahora no se dejan persuadir para creer en aquel que resucitó de entre los muertos, porque no escucharon a Moisés y a los profetas, pues si quisiesen escucharlos, encontrarían allí predicho lo que ya se ha cumplido» (Cfr. J. MADOZ, *Epistolario de Álvaro Paulo*, cit., 61).

80. *Annales Bertiniani*, ad annum 839, en *Monumenta Germaniae Historica, Scriptores*, I, Reprint Stuttgart 1963, 432-433.

81. Cfr. AMULON, *Epistola seu liber contra Iudaeos*, 42, PL 116, 171.

rige sus cartas. Álvaro, en efecto, escribe a un judío apóstata del cristianismo, que ha vivido en la corte del rey de los francos y se ha casado después con una judía⁸².

En su argumentación, Álvaro sigue el razonamiento doctrinal acostumbrado en los apologetas cristianos, y utiliza los mismos textos de la Sagrada Escritura. Concretamente, escoge el vaticinio de Jacob sobre la indefectibilidad del cetro de Judá hasta que venga el Mesías (Gen 49, 1-10), y la profecía de Daniel sobre las setenta semanas (Dan 9, 22-26), proponiendo un cómputo, que las hacen coincidir con el nacimiento de Cristo⁸³. En la *Carta* 16, Álvaro se detiene en la explicación de Is 7, 14: la virgen que concebirá y dará a luz a un hijo al que se le pondrá por nombre Enmanuel⁸⁴.

En toda esta cuestión, Álvaro se muestra bien informado, pero con una erudición de segunda mano⁸⁵. Su argumentación enlaza perfectamente con la utilizada por la patrística hispana en la polémica antijudía, y, más en concreto, con San Isidoro de Sevilla y San Julián de Toledo⁸⁶. Este es su mérito más relevante.

CUESTIONES TRINITARIAS Y CRISTOLÓGICAS EN LA CORRESPONDENCIA CON JUAN HISPALENSE

Juan y Álvaro tienen muchos puntos en común. Los dos están casados, los dos están interesados en las cuestiones literarias y, sobre todo, en las cuestiones teológicas. Los dos son amigos entrañables, y en su correspondencia van tratando con sinceridad y apasionamiento los temas más dispares: el uso que los cristianos deben hacer de la literatura clásica pagana, la unidad de persona y la dualidad de naturalezas en Cristo, el origen del alma humana, el pecado original.

El diálogo tiene su comienzo precisamente en una discusión oral que tuvieron en torno a cómo han de entenderse las palabras de Cristo en la cruz: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* (Mt 27, 46; Sal 22, 1). La cuestión en estas *Cartas* es cómo se ha de entender este

82. Cfr. PAULO ÁLVARO, *Carta* 18, 14-16, CSM, 256-259.

83. Cfr. PAULO ÁLVARO, *Carta* 14, 4-7, CSM, 229-233.

84. Cfr. PAULO ÁLVARO, *Carta* 16, 3, CSM, 235-236.

85. Anota J. Madoz que, en estas cartas, Álvaro se inspira en San Jerónimo, San Isidoro, San Julián de Toledo y el Ps. Hegesipo, a quien toma por Flavio Fosefo (Cfr. J. MADOZ, *Epistolario de Álvaro Paulo*, cit., 53).

86. Así se ve con especial claridad en el tema de las setenta semanas, tema en el que depende del *De comprobatione aetatis sextae*, de San Julián de Toledo (Cfr. J.R. DIEZ-ANTONANZAS, *Polémica antijudía en la época de transición [s. VIII-XI]*, «Excerpta e dissertationibus in Sacra Theologia» XVIII [Universidad de Navarra, Facultad de Teología, 1990] 206-207).

abandono de que habla Cristo en la cruz, al orar con palabras del Salmo 21. Álvaro aduce la exégesis patrística a este texto, haciendo suya la de San Agustín: Cristo, al manifestar su abandono, no se está refiriendo a mismo en cuanto persona singular, sino en cuanto cabeza de la humanidad. «En consecuencia —dice— era la voz de la debilidad, era nuestra voz»⁸⁷. Seguidamente Álvaro aduce la exégesis de San Ambrosio a este pasaje: «Puesto que tomé sobre mí los delitos ajenos, también tomé sobre mí las palabras de las deudas de los otros hasta el punto de presentarme como abandonado del Padre, yo que estoy siempre con Él»⁸⁸.

La siguiente cita que aduce Álvaro pertenece al Beato de Liébana en su primera *Carta* contra Elipando. El pasaje es muy importante, porque muestra la buena información que Álvaro posee del adopcionismo español y su clara postura en favor de la única filiación de Cristo. Merece la pena detenerse un momento en ella para conocer el pensamiento cristológico de Álvaro: «Puesto que Dios había tomado sobre al hombre, y ese hombre debía morir, y la divinidad que es la misma vida está muy lejos de la muerte, por lo tanto, por la muerte de cruz había de ser abandonado hasta su resurrección. No quiere esto decir que la divinidad abandonase su carne, sino que no había de morir junto con su carne, pues ni siquiera en el sepulcro abandonó a esta carne, de igual modo que la formó, naciendo con ella, en el seno de la Virgen (...) Puesto que hay un solo Hijo en ambas naturalezas, es necesario evitar que alguien diga: murió el hombre y Dios lo resucitó. Dicen esto aquellos que le llaman hijo adoptivo según la carne, e hijo natural según la divinidad»⁸⁹.

Álvaro conoce, pues, la exégesis que el Beato de Liébana hace del abandono de Cristo en la cruz y la tiene presente precisamente para evitar que este tremendo pasaje de la muerte del Señor sea utilizado por los adopcionistas como argumento para defender en Cristo una doble filiación al Padre: una filiación natural en cuanto Verbo, y una filiación adoptiva en cuanto hombre.

Tras citar un texto de San Fulgencio en el que se subraya la unidad en Cristo de la naturaleza divina y de la naturaleza humana⁹⁰, Álvaro

87. PAULO ÁLVARO, *Carta* 1, 3, CSM, 146. La cita de San Agustín es de sus *Enarrationes in Psalmos*, 37, 27. PL 36, 411.

88. PAULO ÁLVARO, *Carta* 1, 3, CSM, 146. La cita de San Ambrosio es de su *Expositio evangelii secundum Lucam*, 10, n. 127, PL 15, 1928-1929. Anota Madoz que el texto que cita Álvaro es el más célebre de San Ambrosio en torno a este asunto (Cfr. J. MADOZ, *Epistolario de Álvaro Paulo*, cit., 92).

89. PAULO ÁLVARO, *Carta* 1, 5, CSM, 147. La cita del Beato es de su *Ad Elipandum Epistola* I, n. 122-123, PL 96, 971. Cfr. J. GONZÁLEZ-A. DEL CAMPO-L.G. FREEMAN, *Obras completas del Beato de Liébana*, Madrid 1995, 841-842.

90. Se trata de un hermoso pasaje en el que salta a la vista la perfección estilística con que la teología hispánica supo expresarse: «El mismo Dios salió del vientre materno hecho hom-

vuelve a citar al Beato de Liébana, reforzando su rechazo del adopcionismo: «Así pues, no debemos decir que *aquél* es Dios y que *éste* es hombre, pues tenemos y adoramos a uno solo, Dios junto con el Padre y con el Espíritu Santo. Y no introducimos al hombre en la divinidad como una cuarta persona, sino que con su misma propia carne adoramos a Cristo único Hijo de Dios, Dios, conforme a la enseñanza del Concilio de Éfeso en torno a la verdadera fe»⁹¹.

Álvaro citará también el Concilio de Éfeso, larga y directamente, precisamente en aquellos anatematismos de San Cirilo a Nestorio en los que se pone de relieve que no se puede decir que Cristo «es un hombre *theóphoro*, es decir, un hombre portador de Dios»⁹². En efecto hay que decir que Cristo es un hombre que no sólo lleva a Dios consigo, sino que es Dios. Con esta insistencia, Álvaro deja al descubierto cuál es su visión del adopcionismo de Elipando de Toledo. Para él, este adopcionismo se encuentra muy cercano a Nestorio, y ha de curarse con la misma medicina con la que se le salió al paso: las enseñanzas del Concilio de Éfeso.

En lo que respecta al diálogo con Juan Hispalense, la cuestión es sólo de precisión de lenguaje. Juan Hispalense utiliza unas expresiones que parecen eco de fórmulas adopcionistas; Álvaro sutiliza en exceso. En cualquier caso, como ya sucedió en su día en la misma controversia adopcionista, el eje de la discusión está constituido siempre por los textos patrísticos que se aducen y por su interpretación. Frente a Juan, Álvaro insiste en que su empeño fundamental estriba en poner siempre en primer plano la unidad de Persona en Cristo. Y cuando Juan advierte que él lo único que ha hecho es dejar claro que en Cristo tanto la naturaleza divina como la naturaleza humana son completas y perfectas, Álvaro recalca: «Una vez más confieso, libre y constantemente, que un solo Cristo existe en una y otra naturaleza, y que hay un solo Hijo; no dos, como parece que dijo el hereje Elipando»⁹³.

bre, y en la cruz estuvo colgado el mismo Dios hecho hombre; y en el sepulcro estuvo enterrado el mismo Dios hecho hombre; y el mismo Dios hecho hombre resucitó al tercer día de los infiernos. Pero en el sepulcro Dios estuvo enterrado únicamente según la carne, y descendió a los infiernos únicamente según el alma. Al volver esta el tercer día de los infiernos, resucitó el mismo Dios que había estado enterrado en el sepulcro según la carne...» (SAN FULGENCIO DE RUSPE, *De fide ad Petrum liber unus*, cap. 2, 11, PL 65, 677 B). Como anota J. Madoz, en este asunto, Álvaro posee una magnífica información bibliográfica. En efecto, esta obra gozó de gran aceptación en la Edad Media y estuvo atribuida a San Agustín. Álvaro sabe que no es de él, sino de Fulgencio de Ruspe (cfr. J. MADOZ, *Epistolario de Álvaro Paulo*, cit., 93). Pero lo más importante es que Álvaro aduce esta cita precisamente para destacar la unidad personal de Cristo, y para mostrar en forma práctica cómo se ha de aplicar en Él la comunicación de idiomas.

91. HETERIO Y BEATO, *Ad Elipandum epistola* I, 20-21, PL 96, 906 A-B. Cfr. J. GONZÁLEZ-A. DEL CAMPO-L.G. FREEMAN, *Obras completas del Beato de Liébana*, cit., 719.

92. PAULO ÁLVARO, *Carta* 1, 11, CSM, 149.

93. PAULO ÁLVARO, *Carta* 4, 24, CSM, 178.

De ahí la importancia que otorga Álvaro a una exacta interpretación del abandono de Cristo en la cruz, es decir, a la interpretación de las palabras de Jesús en la cruz en las que habla de su abandono citando el salmo 21, conforme anotan San Mateo y San Marcos (Mt 27, 46; Mc 15, 24). Estas palabras no se pueden interpretar —argumenta Álvaro— como si la divinidad abandonase a la humanidad de Jesús, sino que han de entenderse como expresión de que la divinidad no moriría con la carne. La unión personal del Verbo con la humanidad de Cristo es tan estrecha que no puede romperse jamás. Y Álvaro, con gesto elocuente, se remite al Beato de Liébana, el gran adversario de Elipando de Toledo.

Juan Hispalense había citado unas palabras de Gregorio Magno en las que se dice explícitamente que nunca el Mediador abandonó a su humanidad⁹⁴. A pesar de ello, Álvaro insiste en rechazar toda apariencia de adopcionismo: «Afirmamos que Dios se ha hecho hombre, Cristo Redentor de todos; que es uno, no dos hijos separados y distintos por la diversidad de personas, sino un hijo natural a causa de la unión personal, no un hijo adoptivo»⁹⁵. Elipando entendía que había en Cristo dos filiaciones al Padre: una natural, en cuanto Verbo; otra adoptiva, en cuanto hombre. Álvaro entiende que poner en Cristo dos filiaciones al Padre, una natural y otra adoptiva, equivale a colocar en Cristo dos sujetos y, por tanto, a negar su unicidad de persona.

En el trasfondo de esta discusión parecen encontrarse también las objeciones mahometanas contra los misterios cristianos de la Trinidad y de la Encarnación. Según los mahometanos, la Trinidad cristiana no sería más que un enmascarado triteísmo, y la predicación en torno a la divinidad de Cristo no haría otra cosa más que agravar este error: al creer tan reciamente en la unicidad de persona en Cristo, los cristianos estarían nada menos que introduciendo a un hombre en el seno de la divinidad. Juan Hispalense advierte a Álvaro de la inseparabilidad de estos dos misterios. Álvaro había citado el canon 11 del Concilio de Éfeso, en el que se llama a la carne del Señor «carne propia del Verbo del Padre». Y como el Verbo y el Padre son un único Dios, Juan le advierte que existe el riesgo de que esta formulación se entienda en forma sabeliana como si la carne del hijo perteneciese también al Padre.

94. PAULO ÁLVARO, *Carta* 4, 25, CSM, 179.

95. «...firmamus Deum hominem factum, Christum Redemptorem omnium, unum, non duos filios disiunctos et a se personarum diversitate discretos, sed unum, et per unionem persone proprium, non adoptivum» (PAULO ÁLVARO, *Carta* 4, 25, CSM, 179). Y a continuación, Álvaro se remite al *Tomus ad Flavianum*, la Carta del Papa León Magno, tan solemnemente recibida y aclamada por el Concilio de Calcedonia en el año 451.

He aquí la contestación de Álvaro: «Pues si (Cristo) en cuanto Verbo es hijo natural del Padre y según la carne es adoptivo, ha resucitado en ti Elipando, que está muerto hace tiempo⁹⁶. Nosotros no predicamos la herejía sabeliana, pues creemos en tres personas; pero tampoco decimos que la carne de Cristo es adoptiva, predicando con toda verdad un solo Hijo natural, no dos. Y si no la llamas carne propia del Padre, parecerá que la llamas adoptiva»⁹⁷. No se puede decir que sea feliz la formulación de Álvaro. Evidentemente lleva razón al afirmar que la carne de Cristo no puede decirse que sea una «carne adoptiva» para el Padre, es decir la carne de un hijo adoptivo del Padre; pero en su ardor por rechazar el adopcionismo, Álvaro no se detiene a puntualizar que la carne de Cristo sólo puede decirse carne del Verbo, pues solo el Verbo se ha hecho hombre. Álvaro está apuntando a la cuestión clave, que formula con la siguiente pregunta: «Deseo que me contestes si aceptas a Cristo, en sus dos naturalezas, como verdadero y único Hijo de Dios, o si en una (la divina) lo aceptas como Dios, y en la otra, separadamente, lo aceptas como mero y puro hombre»⁹⁸.

Paralelamente a las cuestiones teológicas, los dos amigos entran en un cambio de impresiones sobre la forma en que los cristianos, en sus escritos, han de hacer uso de los clásicos paganos. La cuestión se venía planteando desde los primeros cristianos, y tanto en Oriente como en Occidente había encontrado ya en los siglos III y IV respuestas muy elaboradas. De una forma u otra se habían planteado esta cuestión y la habían respondido Clemente de Alejandría, San Basilio Magno, San Gregorio de Nisa, Lactancio, San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín.

Juan Hispalense es un entusiasta admirador de los clásicos, y defendiendo su uso por parte de los cristianos frente a las amonestaciones de Álvaro, mucho más negativo en este punto. Ambos defienden sus posturas apoyándose en numerosas citas de Santos Padres. Por esta razón, a pesar de las frases de Álvaro, un tanto aparatosas⁹⁹, como anota J. Madoz, el mismo ejemplo patristico y su temperamento hacían traición a Álvaro. Condenaba de palabra el uso de la retórica pagana, pero la utilizaba profusamente en sus obras.

Son numerosas las citas implícitas y las reminiscencias de los autores clásicos en sus *Cartas*, su *Confessio* y su *Vita Eulogii*. Álvaro pule sus

96. Álvaro da por supuesto aquí que nadie sigue ya a Elipando de Toledo. Esta afirmación está en la base de que se de por extinguido el adopcionismo hispánico a principios del siglo IX.

97. PAULO ÁLVARO, *Carta* 4, 27, CSM, 180-181.

98. PAULO ÁLVARO, *Carta* 4, 30, CSM, 182.

99. Piénsese, p.ej., en este texto: «¿Qué comunión hay entre la luz y las tinieblas? ¿Qué acuerdo entre Cristo y Belial? ¿Qué tiene que ver Horacio con el Salterio, Marón con los evangelios, Cicerón con el Apóstol?» (PAULO ÁLVARO, *Carta* 4, 19, CSM, 175).

versos, intentando ajustarse a los cánones métricos y calcar a la anti-güedad. Finalmente, entre las alabanzas que prodiga a su amigo Eulogio, Álvaro destaca su afición a los clásicos, su aportación al conocimiento que los cristianos tienen de ellos, su elegante estilo ático: «Sus opúsculos, más claros que la luz, que compuso con gracia ática y con donaire *prosático*, manifiestan cuán grande y excelente fue en sabiduría»¹⁰⁰.

LA PERSONALIDAD TEOLÓGICA DE ÁLVARO

A la luz de sus escritos, Paulo Álvaro se nos presenta como uno de los mejores exponentes de la cultura mozárabe de su época. Quizás por ello le vemos atento a puntualizar las cuestiones trinitarias y las cuestiones cristológicas.

En lo referente a la Trinidad, preocupa a Álvaro la clara afirmación de la unidad en la Trinidad y, más especialmente, la clara afirmación de la Trinidad de Personas en Dios. Este es el motivo central de su consulta al abad Esperaindeo. A la luz de la respuesta, se ve claro el rechazo de todo modalismo, sobre todo del dinámico: no se debe decir que hay en Dios tres *virtudes*, tres *dynámeis*, o tres fuerzas, sino tres *personas*. Es de gran importancia el cuidado que se pone en puntualizar lo que, dentro de la Trinidad, distingue a una Persona de otra: del Padre se recalca la innascibilidad y la generación activa; del Hijo el hecho de que es engendrado; del Espíritu se recalca que *procede* de ambos. Y se hace una explícita confesión de fe en la *circuminsesión* —el hecho de que las tres Personas están unas en la otras— para salir al paso de un posible triteísmo: «la divinidad —se dice en la profesión de fe que envía Esperaindeo—, no está separada, ni dividida»¹⁰¹.

En cristología, la preocupación mayor es salir al paso y terminar de sepultar el adopcionismo hispánico. Como ya apareció en su inventor, Elipando de Toledo, este adopcionismo era una cesión de los cristianos ante la presión por la forma con que el Islam concibe la confesión en un Dios Único. Estos cristianos seguían confesando el misterio de la Trinidad —que es la forma en que existe el único Dios—, pero caían en un escrúpulo inútil: para evitar que se pudiese pensar que «introducían» a un hombre en el seno de la Trinidad, ponían en Cristo dos filiaciones, una natural —según la naturaleza divina— y otra adoptiva, según la naturaleza humana. El resultado era similar al de Nestorio: a dos filiaciones, correspondían dos sujetos, no una sola persona. Por

100. PAULO ÁLVARO, *Vita Eulogii*, 2, CSM, 331.

101. PAULO ÁLVARO, *Carta* 8, 3, CSM, 205.

tanto, concebían que el hombre Jesús era Dios sólo por su unión moral —no física— con el Verbo. Álvaro reaccionó con fuerza ante este neo-nestorianismo. Así se ve, sobre todo, en su correspondencia con Juan Hispalense. Álvaro recalca que sólo hay en Cristo una filiación al Padre. Y se trata de la filiación natural. La carne de Cristo, verdadera carne humana tomada de su Madre, es la carne del Verbo del Padre. Y al reaccionar contra el adopcionismo, Álvaro nos legó, junto con su erudición patristica, una buena prueba de cómo era la intelección mozárabe del abandono que Cristo padece en la cruz.

En la polémica con Bodo Eleazar, Álvaro se inserta en la larga tradición del diálogo cristiano con el judaísmo, diálogo que se apoyaba tradicionalmente en la argumentación en torno a la mesianidad de Jesús a partir de los textos del Antiguo Testamento. El *dossier* de textos de la Sagrada Escritura ofrecidos por Álvaro, ni es novedoso, ni pretendía serlo. Sólo pretendía ser solvente. Y, para las condiciones de su tiempo, Álvaro demostró el mejor nivel de conocimiento, tanto de los argumentos a utilizar como de los autores a citar. El *dossier* de textos de la Sagrada Escritura que presenta, es un magnífico exponente de la apologética de su época; las citas patristicas son abundantes y están acertadamente elegidas. En muchas de ellas, demostró también una magnífica información bibliográfica.